

Textos
Urbanos

Un periodista en apuros

Luis Guillermo Peña Restrepo



FONDO
EDITORIAL
ITM

UN PERIODISTA EN APUROS

Luis Guillermo Peña Restrepo



Un periodista en apuros
© Instituto Tecnológico Metropolitano
© Luis Guillermo Peña Restrepo
Hechos todos los depósitos legales

Silvia Inés Jiménez Gómez. Directora editorial
Lila María Cortés Fonnegra. Correctora de textos
Viviana Díaz. Asistente editorial
Alfonso Tobón Botero. Diseño y diagramación
Mario Palacio Pulgarín. Traducción de reseña

Sello editorial Fondo Editorial ITM
Calle 73 No. 76A 354 / Tel.: (574) 440 5100 ext. 5197-5382
Editado en Medellín, Colombia / abril de 2019
www.itm.edu.co - <https://fondoeditorial.itm.edu.co/>

Peña Restrepo, Luis Guillermo

Un periodista en apuros / Luis Guillermo Peña Restrepo. -- Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2019.

170 p.: il. -- (Textos Urbanos)

ISBN 978-958-5414-80-8

1. Periodismo literario 2. Reportajes colombianos 3. Crónica periodística I. Tít. II. Serie

070.44 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Las opiniones expresadas en el presente texto no representan la posición oficial del ITM, por lo tanto, son responsabilidad del autor quien es igualmente responsable de las citas realizadas y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no será responsable ante terceros por el contenido técnico o ideológico expresado en el texto, ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual.

PRESENTACIÓN

El periodismo es una disciplina que tiene como ingredientes clave la curiosidad y el conocimiento. Es una manera particular de la modernidad de narrar la vida de los otros, sus tragedias y felicidades, en situaciones que deben ser contextualizadas, siempre arraigadas en lo que se denomina la realidad (cualquier cosa que esto signifique), en la que, por encima de cualquier interés personal, los importantes son los demás y sus circunstancias.

El reportero, más que preguntas a los otros, es alguien muy singular que se formula interrogantes sobre el mundo y sus conflictos. Tiene cuestionamientos frente a los órdenes impuestos o «naturales». Es, en medio de la perplejidad, un buscador de lo que no se ve a simple vista, uno que va más allá de las apariencias, para explicar y dar respuestas a otros. Para auscultar las causas de los fenómenos e interpretar sus consecuencias.

Además de curioso, el periodista es —o debe ser— un ser preocupado por la cultura, de la que bebe sin saciarse para dar cuenta de un universo cada vez más complejo y, si se quiere, más injusto y dominado por minorías que son las que dictan y controlan, como titiriteros siniestros, el destino de multitudes, en un orden mundial en el que el sujeto está cada día más cerca de su extinción.

El oficio del reportero tiene, por encima de todas sus dificultades, un atractivo irremplazable: no hay cabida a la monotonía. Porque, cada vez, cada hora, la realidad es cambiante. Y vertiginosa. En ocasiones, ni siquiera hay tiempo para digerir tantos hechos. Pero, en esa característica estriban las cualidades de un cazador de noticias para no dejarse apabullar por la cantidad abrumadora, y saber, en el momento preciso, cuál es el acontecimiento que debe resaltar, que lo espera, quizá, para que él cuente una historia.

Creo que la reportería, la buena, desde luego, es la que cuenta historias, la que capta al hombre en medio de sus diversas circunstancias. La que sabe matizar, narrar y seleccionar, pintar. La que utiliza verbos en vez de adjetivos. El reportero es testigo, es un observador, un mediatizador. Algo de él se queda en cada suceso.

Algo suyo se agrega a la pequeña o gran historia que él tiene para decir.

El periodismo —lo ha dicho ya gente de mucha alcurnia intelectual— es en general una suerte de alimento para el olvido. La mayor parte, material desechable, de ocasión. Pero hay, según los géneros manejados, unas posibilidades de pertenecer a la memoria, de quedarse para atestiguar en el futuro, para dar ciertas luces a la posteridad, a los hombres de otro tiempo.

Creo que en estos reportajes y crónicas, realizados con la velocidad que requiere el cierre de edición, hay material para la memoria. Para observar, a veces con horror, a veces con asombro, el transcurrir de nuestra realidad. Ahí, en esos acontecimientos narrados por Luis Guillermo Peña Restrepo, en todos esos afanes y desgarramientos, se nota, ante todo una sensibilidad aguda para tratar los dramas cotidianos, para narrar lo local (alguna crónica pueblerina, por ejemplo) y para mostrar, a su vez, las dificultades de la reportería, en un medio cada vez más hostil y que simpatiza cada vez menos con las historias.

El libro del colega Peña recoge, además, entrevistas y reportajes con escritores como Fernando Vallejo, Gustavo Álvarez Gardeazábal, Fernando Savater, Juan José Hoyos, Héctor Abad Faciolince, Manuel Mejía Vallejo, Daniel Samper Pizano y Germán Castro Caycedo. Recupera la voz de un antiguo profesor, querido por todos los que fueron y no fueron sus alumnos en la Universidad de Antioquia, el maestro Alfonso Lopera Lopera. También rescata a don Garcialiano Arcila, el precursor de la antropología en Antioquia.

Publicados en distintos medios y fechas, recobran, en forma de libro, nuevo interés. Vencen, así, el tiempo, ese mismo que, permanentemente, acosa a los periodistas y los mantiene, siempre, caminando sobre el lacerante filo de la realidad.

Reinaldo Spitaletta



FERNANDO VALLEJO, «RAJA» DEL PERIODISMO COLOMBIANO

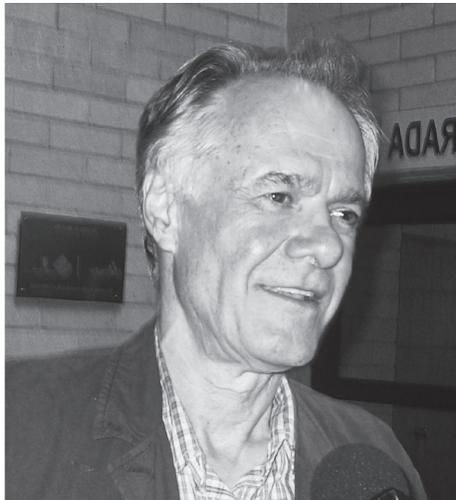


Foto: Luis Guillermo Peña Restrepo.

Siempre sentí un inmenso deseo de conocer y hablar con Fernando Vallejo. Ese deseo surgió de las lecturas de sus obras: *El Mensajero*, *La Virgen de los sicarios* y su colección de libros autobiográficos que él tituló *El río del tiempo* y que comprende: *Los días azules*, *El juego secreto*, *Los caminos a Roma*, *Años de indulgencia* y *Entre fantasmas*. Es allí donde el autor se desnuda, sin tapujos, y deja relucir su homosexualismo sin ningún recato.

Describe su vida desde la más humana ingenuidad hasta la lucha más racional por lo que es y quiere ser. Cada momento, cada anécdota de su vida, tiene un valor y es una huella en su alma, que repercute en toda su existencia.

Con total desfachatez e irreverencia despotrica contra lo augusto e intocable de su tiempo y de todos los tiempos, como los hermanos salesianos, las procesiones de los santos, el papa, los gobernantes, la muerte, el sicoanálisis y hasta del mismo Dios. Por eso es audaz, diferente a todos los genuflexos que la cultura moldea y moldea como hostias de convento. Observa desde la óptica donde nadie ve o no quiere ver por prejuicios, por temores, porque prevalece el espíritu gregario.

Apenas supe que estaba en Medellín, fui tras su encuentro. Fue en agosto de 1998 en el auditorio de Comfama. Me colé en el acto de inauguración del Primer Congreso de Literatura. Allí encontré al hombre con su figura bonachona situada en ese espacio límite, tal vez fugaz, que separa la juventud de la inexorable senectud. Allí con su voz tímida, gutural y de baja dicción, pronunció un discurso, o mejor hizo una lectura irreverente y provista de una descarnada y fría franqueza en contra de todo lo establecido, donde salió muy mal parado el Gobierno. La audiencia lo aplaudió de pie, incluyendo al vicepresidente de la República, quien se encontraba en el recinto.

Una vez terminados los actos protocolarios, lo abordé en el estrado y le pedí con humildad que me concediera una entrevista. En tono amable me dijo que al día siguiente concedería una rueda de prensa en las horas de la mañana en uno de los salones del Palacio de Exposiciones, que allí me contestaría las preguntas que a bien le quisiera formular.

Allí estuve muy cumplido y pude hacerle la siguiente entrevista, enfocada en sus concepciones acerca del periodismo, teniendo en cuenta el carácter de *Cierto, el medios de los medios*, la revista para la cual escribía.

¿Cuál es su concepto sobre el periodismo colombiano actual?

El periodismo colombiano, como toda Colombia, está en plena decadencia; si usted lee los periódicos bogotanos de los años 1920 y 1930 y *El Heraldo* de Medellín de 1920 y los compara con los de ahora, eran grandes periódicos con buenos periodistas. Los suplementos

literarios eran espléndidos y la unidad tipográfica. Eso se empezó a perder.

Yo investigué la estancia de Barba Jacob en Bogotá y Medellín en esos años. Si usted compara esos periódicos con los de ahora, ve el abismo tan grande en que hemos caído, empezando por la tipografía de una gran fealdad desde que aquí se introdujo la fotografía a color. Estamos a la vanguardia del mundo, eso ya se puso de moda en todas partes.

Por ejemplo, *El Excelsior* de México era un periódico espléndido en tipografía, de un año para acá ya tiene fotos a color en primera plana, o sea que se volvió como *El Colombiano*, que todavía publica un árbol de Navidad como gran noticia un 24 de diciembre.

Ahora mire usted la primera plana de *El Tiempo* o *El Espectador*, es solo media plana, el resto son anuncios, eso es una vulgaridad, se volvieron anunciantes.

Además, el lenguaje del periodismo ha perdido mucho; acabo de leer en una gaceta de Colcultura, un artículo de Juan José Hoyos sobre cinco reporteros colombianos de los años veinte, como José Antonio Osorio Lizarazo y Eduardo Castillo, donde cita algunos párrafos de sus trabajos; qué espléndido lenguaje literario. Ahora el lenguaje es de una gran pobreza, evidentemente eso refleja el empobrecimiento de la lengua que es general. El español hablado ha ido perdiendo una gran expresividad. Entre el español que habló Carrasquilla y el que hablamos nosotros aquí en Medellín hay un abismo, y el que habló Carrasquilla era pobre comparado con el que se hablaba en el Siglo de Oro en las novelas picarescas.

O sea, que el idioma hablado o coloquial ha ido retrocediendo hacia la mudez y el idioma literario hacia una gran pobreza de conocimiento de léxico. El periodista es un escritor y los periodistas escriben ahora con una gran pobreza de léxico y de fórmulas sintácticas, ya no están en el ambiente, tal vez, y eso se contagia, pero antes aquí tuvimos un gran periodismo.

¿Qué se debe hacer para salir de esa gran decadencia en que ha caído el periodismo colombiano, como usted lo anota?

¿Qué se debe hacer? No sé, cada uno debe buscar las soluciones y las encontrará, un gran periodista se quedará solo en medio de los buenos.

No hay fórmulas exactas, aunque sí hay fórmulas para escribir. Antes de yo escribir la biografía de Barba Jacob escribí un libro que se llama: *Logoi, gramática y lenguaje literario*, donde están todas las fórmulas sintácticas de la prosa, sin que antes existiera un libro, hasta donde yo sepa, que diera cuenta de esto.

Este libro está basado en dos principios muy simples. Uno: que el lenguaje escrito es frente al lenguaje hablado como una lengua extranjera y hay que aprenderlo como otro idioma. El otro principio es que el lenguaje escrito o literario es común a todos los idiomas europeos u occidentales, es decir, sus fórmulas son unas mismas porque tienen una tradición común desde la *Odisea* de Homero.

Maestro, pero también hay que distinguir entre un lenguaje periodístico y un lenguaje literario. El primero tiene que ser veraz, directo, sencillo, sin rimbombancias; el segundo puede jugar con los hechos, puede hacer figuras y rebuscar los términos.

E.V. Evidentemente son diferentes, sería injusto pretender que un periodista estuviera haciendo literatura todos días, pero también lea los periodistas de los años 20, rememorados por Juan José Hoyos, y compárelos con los reportajes que salen mañana en *El Colombiano* en *El Mundo* y vea la diferencia tan grande que hay.

Maestro, ¿usted alguna vez ha incursionado en el campo del periodismo?

No, yo nunca he sido periodista, alguna vez escribí crítica de cine para *El Siglo* y para periódicos de México, es todo lo que he hecho, pero no soy periodista.

A esta altura de la entrevista, al formularle una pregunta, cometí el garrafal error de un *dequeísmo* frente a decena de colegas y un público algo nutrido. ¡Y, qué regaño!

No se dice «algunas teorías sostienen *de que*», sino «algunas teorías sostienen *que*», un periodista no puede hablar así, el *queísmo* y el *dequeísmo* son una vulgaridad, es decir, utilizar el *de que* cuando se tiene que utilizar el *que*, y utilizar el *que* cuando se tiene que utilizar el *de que*, es darle a la madre al idioma, y un periodista tiene que respetarlo, sobre todo en el país de Caro y Cuervo y no son gramatiquerías.

El periodista en su forma de hablar tiene que ir más arriba de la gente del común, de la gente ignorante, porque uno tiene que ganarse la posibilidad de hablar poniéndose por encima, y el periodista no puede masacrar al español como la gente de la calle. ¡Hay que respetar el idioma!

Valga el regaño maestro, atiné a decir algo turbado, y le formulé entonces la pregunta de manera correcta.

Maestro, algunas teorías sostienen que con la práctica del periodismo pueden forjarse buenos escritores y muchos ejemplos hay. ¿Considera usted que un periodista puede llegar a ser un buen escritor?

Sí, se puede escribir un buen reportaje, los reportajes de Barba Jacob son deslumbrantes. Hay un reportaje publicado en el periódico *El Imparcial* de Guatemala, escrito en agosto de 1922, acababa de llegar a este país expulsado de México. Con este reportaje, que da cuenta del fusilamiento de Lorenzana por el gobierno de Orellana, Barba Jacob creó el reportero en Centroamérica.

En las mayúsculas que iniciaban cada párrafo se leía el acróstico «Este Es Un Asesinato Político», Guatemala toda lo leyó y fue una conmoción escalofriante. Es un reportaje magistral que da cuenta de los últimos momentos de Lorenzana con el pelotón de fusilamiento, el cura que llega a confesarlo, su familia despidiéndose de él, el ruido de las detonaciones que llega hasta la casa del reo, situada cerca al patíbulo.

Ahora, hay que distinguir dos tipos de periodismo, el de reportaje y el de opinión de las páginas editoriales. Barba Jacob en las páginas del *Excelsior* escribió «Los Perfonemas» por tres o cuatro años. Son piezas magistrales de la prosa. Un editorialista tiene que ser buen escritor y si es reportero y tiene talento más fuerza le da, incluso, no vamos muy lejos, los reporteros de los años cincuenta, no recuerdo sus nombres, que dan cuenta de los hermanos Barragán en los días finales del gobierno de Rojas y del ajusticiamiento de Efraín González en un techo de Bogotá están contados con que dramatismo, con que sabiduría de narrador, comparado con lo de ahora hay una gran caída.

¿Usted por qué es tan esquivo con los periodistas y con la prensa y es poco amigo de conceder entrevistas o reportajes?

Porque los periodistas dicen y transcriben lo que yo no he dicho.

Una pregunta final maestro, ¿tiene usted en sus proyectos volver a vivir a Medellín?

Yo no quiero volver a vivir a Medellín, quiero volver a morir en la casa donde nací en el barrio de Boston, el de la calle de Perú, para que así, después de haber caminado tanto no haber avanzado un palmo.

Entrevista publicada en la *Revista Cierta* No. 15
Diciembre de 1999



HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

«LA LITERATURA NO TIENE LÍMITES»

De la actual generación de escritores colombianos, Héctor Abad Faciolince se perfila como uno de los más prominentes. Y aunque no lo cree así, los genes con que lo dotó la naturaleza están provistos de aptitudes para escribir. La configuración de su genoma le proporciona los requerimientos necesarios para hacer de él un escritor. No en vano es nieto de un arzobispo de Medellín, quien escribía sermones godísimos, pero bien redactados; bisnieto de José Joaquín García, quien publicó en 1896 una obra muy amena: *Las crónicas de Bucaramanga*, un buen libro de historia; tataranieta de José María Faciolince, quien, a mediados del siglo XIX, como gobernador de Antioquia, firmó los primeros decretos para la liberación de los esclavos.

Según él, esto vale más que una obra literaria. Y sigue la prosapia: su tío abuelo, Elías Abad Mesa, fue congresista y profesor de derecho en la Universidad de Antioquia. Un primo suyo, Martín Alonso Abad, escribió novelas sobre Jericó. Su padre, el médico Héctor Abad Gómez, también dejó varios libros publicados, pero sobre todo vacunó miles de niños y protegió a los torturados, los presos y los desaparecidos. Y «Eso vale más, sobre todo porque indica más valor», dice el hijo que lleva con orgullo su mismo nombre.

De la *godarria* de su abuelo el arzobispo poco le queda, heredó su aptitud de buen redactor, pero no su concepción del mundo. Se caracteriza por su estilo irreverente y en sus libros y columnas periodísticas escribe de todo lo habido y por haber. Con su crítica algo mordaz sitúa su visión de los hechos desde un ángulo decantado

y sin prejuicios. Sus opiniones y conclusiones apuntan al acierto, constituyéndose en uno de los columnistas más leídos del país. Nacido en Medellín en 1958, muy niño comenzó a garabatear letras, luego a juntarlas y después a leer a leer y a leer hasta desbancar a su padre del sillón de la biblioteca. «Abad Faciolince Héctor Joaquín para el patio», le gritaba su maestra de primaria cuando en vez de disfrutar del recreo se quedaba en el salón de clase leyendo revistas de Mickey Mouse y el Pato Donald.

Desde el bachillerato comenzó a dirigir su vocación hacia el periodismo, y para formarse lo estudió en la Universidad de Antioquia. Consciente de que la literatura y el periodismo son hermanos gemelos, se trasladó al Viejo Mundo a estudiar Lenguas y Literaturas Modernas en la Universidad de Turín, Italia. Permaneció cuatro años como Lector de español en la Universidad de Verona. Le encanta traducir buenas obras como: *Apostillas a El nombre de la rosa* de Umberto Eco y *La Sirena y otros relatos* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa.

Con verdadera vocación y entusiasmo dirigió por casi cinco años la *Revista Universidad de Antioquia*. Ha sido colaborador de la *Revista Cromos* y los periódicos *El Tiempo*, *El Espectador* y *La Hoja*. Actualmente es columnista de la revista *Cambio* y colaborador habitual de la revista literaria *El Malpensante* y de otras publicaciones periódicas en México, Cuba y Venezuela. Y tiene lista en la imprenta su nueva obra, un libro de viajes sobre la ciudad de El Cairo, en Egipto, titulada *Oriente empieza en El Cairo*.

Con intenciones de hacerle una entrevista, lo abordé por primera vez en el Museo de Antioquia cuando hacía la presentación del libro de Fernando Vallejo *El desbarrancadero*, pero debido a una letra menos en su dirección electrónica perdí su rastro por más de un año. Pero hay que persistir, insistir y no desistir. La otra oportunidad se me presentó en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, donde lo abordé de nuevo después de dictar una charla sobre literatura antioqueña. Sin la arrogancia del que se cree mucho, pero no es nada, sino con la humildad y sencillez propias de la grandeza, con la misma amabilidad de antes accedió. He aquí el resultado:

¿Para ser irreverente hoy en el país de quién o de qué se debe hablar?

La irreverencia consiste, como su nombre lo indica, en no hacer reverencias, es decir, genuflexiones, lambonerías, a favor de nadie. Así que se puede ser irreverente con cualquiera, incluso con los demás irreverentes. Creo que lo contrario de la irreverencia es la idolatría (por Shakira, por Montoya, por el presidente, por cualquiera). Nunca he podido tener ídolos; admiro a muchos seres humanos, pero a todos los miro como lo que son, seres humanos, no como a ídolos. Creo que esa es la clave de la irreverencia: saber que todos, empezando por nosotros mismos, somos a veces bobos, a veces ridículos, a veces reverentes. Y el irreverente debe señalarlo, porque nadie es monedita de oro.

¿Prefiere el libertismo (desde el mejor sentido de la palabra) de Fernando Vallejo en la escritura o los gramáticos ortodoxos como Marco Fidel, Cuervo o Marroquín?

Curiosamente Vallejo es también un gramático. Hay un libro de él, *Logoi*, que es un ensayo sobre retórica literaria que se inserta en una valiosa tradición colombiana, la que inauguró Rufino José Cuervo. A mí no me interesa mucho la gramática preceptiva, la que da órdenes, pero sí creo que la corrupción del lenguaje muchas veces indica una falta de claridad en las ideas. Creo que los periodistas tienen la culpa, en buena parte, de usos lamentables del español en Colombia, como el reemplazo del buen verbo poner, por el cacofónico e inexacto verbo colocar, que nunca puede usarse en perífrasis verbales. Me explico: un libro nos pone a pensar (esa es la perífrasis exacta), pero nunca nos «coloca» a pensar, como dice el periodismo bárbaro.

¿Cómo ve el periodismo de hoy y la manera de narrar los hechos, comparado con los cronistas del ayer y del antier como Luis Tejada, José Antonio Osorio Lizarazo, Eduardo Castillo, Francisco de Paula Muñoz y otros?

Lo normal sería decir que lo veo muy mal, en decadencia, incapaz de hacer uso de buenas estrategias narrativas. En cambio, creo que el periodismo colombiano de hoy tiene figuras mucho mejores que el periodismo de ayer o de antier, que tenía unos cuantos casos aislados y de obra poco extensa. Es bueno preservar el pasado, pero no idealizarlo como un tiempo idílico. García Márquez, Juan José Hoyos,

Germán Castro, Fernando Quiroz, Juan Gossáin, Germán Pinzón, son periodistas vivos, de hoy, que aprendieron de aquellos maestros y en muchos casos los superaron. No nos auto flagelemos tanto. Es mentira que los periódicos de hace cien años fueran mejores que los de hoy; usaban una lengua que, por vetusta, nos parece elegante, pero no informaban casi nada.

¿Cuáles son las diferencias y semejanzas que usted ve entre el periodismo y la literatura?

La literatura no admite límites, tiene permitida la fantasía, la mentira, la irrealidad, la mezcla de tiempos, hasta la oscuridad en la poesía hermética. El periodismo tiene límites muy precisos: la verdad, la realidad, los hechos. Hay herramientas de la literatura que pueden usarse con provecho en los escritos periodísticos, si se usan sin exagerar y sin caer en perspectivas excesivamente centradas en el yo del narrador. El periodismo además suele ser una fuente de subsistencia para el escritor que no vive de sus libros, y también un desahogo de realidad cuando está harto de fantasía, y un entrenamiento importante de agilidad verbal y de calistenia narrativa. Incluso, y no estoy charlando, el periodismo enseña mecanografía. Hay piezas periodísticas que merecen estar, y de hecho están, en libros de literatura.

¿Qué temas prefiere para escribir y cuál es el tema que menos le llama la atención? Por ahí derecho, ¿cuál es el tema de su próximo libro?

Mi próximo libro ya está escrito, saldrá próximamente; es un libro de viajes que hice por encargo, sobre la ciudad de El Cairo, en Egipto. El título es *Oriente empieza en El Cairo*. En cuanto al tema de un libro, siempre he pensado que es lo de menos; la gente por la calle le dice a uno: «Te tengo un argumento perfecto para una novela». Es una ingenuidad: las novelas no se escriben con temas, sino con palabras. Las mismas historias de Macondo, contadas en primera persona y, con otras palabras, producirían una obra mediocre. La literatura es sí, un sentido, pero es también un sonido, como la música.

¿Qué personajes de la historia y del mundo actual admira y desadmira (el término me lo invente yo) y por qué?

Admiro poco a los grandes hombres de la política o de la milicia, que son los más destacados en los libros de historia. Admiro mucho más a los que verdaderamente han cambiado nuestra visión del mundo y nuestro mundo mismo, es decir, a esos hombres más encerrados y recatados, mucho menos conocidos que los políticos, pero que han vuelto mucho más soportable la condición humana. Admiro al descubridor de la vacuna contra el polio, admiro a quienes inventaron la anestesia, la penicilina, la asepsia, la purificación de las aguas. Todo el mundo habla de Napoleón, de Roosevelt, de Washington y Bolívar. Pocos hablan de Sacks, de Sabin, de Semmelweis, de Pasteur, de Koch. Admiro mucho más a los grandes hombres de las ciencias, Copérnico, Newton, Einstein, Gödel, o de las artes, que a los venerables políticos que están en la boca de todo el mundo, aunque muchas veces hayan hecho mucho más mal que bien.

Teniendo en cuenta que los apellidos Abad y Faciolince han descollado desde tiempo ha en la literatura. ¿Considera que sus dotes literarias vienen por herencia?

Yo no creo que las letras vengan en los genes, aunque uno no sabe nada de lo que ocurre en la caja negra del cráneo.

¿A la luz de su crítica, cómo ve el país y su conflicto? ¿Para dónde va la Nación?

Los países difícilmente se acaban, porque este territorio no va a ser sepultado por el mar ni devorado por las erupciones volcánicas. Pero las naciones sí pueden entrar en lamentables espirales de decadencia y volverse cada vez menos civilizados. Creo que Colombia es hoy menos civilizada que hace 20 años, y eso es muy grave. Un país acostumbrado a matar para resolver todo conflicto humano, es un país condenado a volverse cada vez más bárbaro. Solo si renunciáramos a la ley de la *chumbimba* para arreglar los conflictos, el camino se vería menos desesperado. Hay que parar la matazón, es lo primero. Desarmar a la gente y enseñarle a discutir, pero guardar las pistolas, los cuchillos y los machetes.

A pesar de los grandes problemas de violencia y seguridad del país, ¿usted es de los que dice: aquí estoy y aquí me quedo?

Aquí estoy. Pero no estoy seguro de vivir en el país. Vivo aislado en esa burbuja, o gueto, en que vivimos los que tenemos algo. Pero el país no puede ser esta agua corriente y estas buenas calles de los estratos 4, 5 y 6. El país mayoritario es otro, y ahí es donde está la mayoría de los muertos y los problemas más hondos de discriminación y pobreza. Ahí hay que trabajar, para que ese país mayoritario no caiga en la degradación física y moral de la miseria.

Por favor, pregúntese algo (sobre todo algo que quiera soltar hace mucho tiempo) y respóndase con todo el caudal de su ingenio y desahogo.

Me pregunto si tengo un caudal de ingenio. Tal vez lo que tengo es apenas un chorrillo de desahogo para soltar lo que pienso.

Frases y notas destacadas

- La literatura es sí, un sentido, pero es también un sonido, como la música.
- La irreverencia consiste, como su nombre lo indica, en no hacer reverencias, es decir genuflexiones, lambonerías, a favor de nadie.
- Un país acostumbrado a matar para resolver todo conflicto humano, es un país condenado a volverse cada vez más bárbaro.
- Fuera de numerosos ensayos y traducciones literarias, ha publicado los siguientes libros de narrativa: *Malos pensamientos* (cuentos) 1991; *Asuntos de un hidalgo disoluto* (novela), 1994; Traducción: *The Joy of Being Awake*, Cambridge, Brookline Books, 1996; *Tratado de culinaria para mujeres tristes*, Medellín, 1996, traducida al italiano, al griego y al portugués; *Fragments de amor furtivo*, 1998 y *Basura*, su última novela publicada, fue ganadora del Premio Casa América de Literatura Innovadora, traducida al italiano.

Entrevista publicada en el periódico *El Mundo* en 2003
y en la *Revista Cierta* No. 26 mayo-junio de 2002



SIN ODIOS NI RENGORES

Un encuentro con
Gustavo Álvarez Gardeazábal

El escritor habla de su «caída», del mundo actual, del conflicto armado y del ejercicio del periodismo en Colombia



Foto: Luis Fernando Gil Monsalve.

Gustavo Álvarez Gardeazábal es uno de los escritores contemporáneos más leídos de Colombia. Su vida se inicia en Tuluá el 31 de octubre de 1945. Hace sus primeros estudios en el colegio de las Madres Franciscanas donde, según él, recibe la educación más importante de su vida, la formación disciplinaria y la orientación en su capacidad de observación.

Se gradúa de bachiller en el colegio de los salesianos de Tuluá. Ninguno de sus profesores y condiscípulos se dan cuenta de sus habilidades literarias ni de su don de liderazgo, por lo que parece ser la etapa menos recordable de su vida puesto que, precisamente, es sobre estas vivencias infantiles y adolescentes alrededor de las cuales no ha escrito en ninguna de sus doce novelas.

Por imposición familiar estudia Ingeniería Química en la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín, donde se ve obligado a suspender sus estudios por publicar el libro *Piedra pintada* contra monseñor Félix Henao Botero, rector intocable de ese centro docente.

Liberado del compromiso familiar estudia Letras en la Universidad del Valle en Cali, donde se gradúa en 1970 con la tesis *Las novelas de la violencia en Colombia*, dirigida por el Profesor Walter Langford, de la Universidad de Notre Dame, Illinois.

Aunque sus primeros cuentos fueron publicados en *La Estafeta Literaria* de Madrid y en la revista *Mundo Nuevo* de París, la publicación que lo hizo conocido desde entonces fue su novela *Cóndores no entierran todos los días*, publicada por la Editorial Destino de Barcelona en 1971, año en que gana Premio Manacor y edita en Buenos Aires *La tara del papa*.

A partir de ese momento comienza una acelerada y vigorosa producción literaria: *Dabeiba*, segundo puesto del Premio Nadal de 1972. *La boba y el buda*, premio Ciudad de Salamanca en 1973; *El bazar de los idiotas*, en 1974; *El titiritero*, en 1977; *Cuentos del parque Boyacá*, en 1979; *Pepe Botellas* en 1982. Dio a luz a *El Divino* en 1986; a *El último gamonal* en el 1988; *Los sordos no hablan*, en el 1991; *Perorata y Las cicatrices de don Antonio*, en el 1997; *Prisionero de la esperanza* y *La novela colombiana entre la verdad y la mentira*, en el 2000. En 2001 publica *Se llamaba un país vallecaucano*. Ahora, su última obra, *Comandante Paraíso*, 2002, ocupa los primeros lugares de ventas en las principales librerías del país.

Otra de sus facetas es la pedagogía, como profesor universitario, inicialmente en la Universidad de Nariño en Pasto, después en Cali en la Universidad del Valle y en la Universidad San Buenaventura; ganó mítico prestigio como docente hasta el punto que sus clases tenían

que dictarse en grandes auditorios, para admitir a quienes sin ser matriculados aspiraban a oírlo.

Otros rumbos

Renuncia a la cátedra en 1980, como protesta por el nuevo estatuto promulgado por el Gobierno para regir las universidades y, como lo dice jocosamente, «Descubrí que la vida existía». Le dio, entonces, por meterse en la política. Ocupa curul de concejal en Tuluá y en Cali, luego en la Asamblea del Valle. Se posesiona con orgullo como el primer alcalde por elección popular de su ciudad natal en 1988. Sus paisanos reconocen su labor, aumentan su admiración y aprecio y es reelegido en 1992. Con su mira fija en la puerta principal del Palacio de Nariño, llega al peldaño de la gobernación del Valle en 1998, pero resbala y «cae» estrepitosamente.

También cabe destacarse su trayectoria como columnista de diarios y revistas desde cuando era profesor universitario, comentarista de televisión y radio, polemista reconocido; con el paso de los años se ha ido convirtiendo en una muy respetada opinión nacional a quien muchos dirigentes consultan.

Ganador de una beca Gugemheim, dicta conferencias en universidades norteamericanas, suramericanas y europeas. Sin embargo, nunca le ha dado la tentación de vivir en otro país o en otro continente, sigue apegado a su provincia, a su Valle querido. Por muchos años vivió feliz y rodeado de orquídeas en su finca *Alcañiz* a orillas del río Cauca. Hasta que se entregó a la justicia, acusado por, según él, «un delito que solo es considerado como tal en este país, haber vendido una escultura en 1992, cuando era totalmente licito hacerlo, a un individuo que cuatro años después fue condenado por narcotraficante». Sufrió, mucho sufrió en su encierro carcelario de casi tres años, perdió su *Alcañiz* y casi todos sus recursos económicos y se le truncó su ansiado propósito de llegar al solio de la Presidencia, pero escribió y leyó, mucho produjo.

El encuentro

El auditorio de la Biblioteca Pública Piloto es el escenario donde voy a su encuentro, recién disfruta de su libertad y comienza a saborear el éxito de su nueva obra *El Comandante Paraíso*. Unos ocho años antes lo

había visto en este mismo lugar. Lo encuentro un poco más avejentado, con menos cabello, pero igual de alegre y de locuaz, parece que ha sabido curar las cicatrices de su alma. Ante mi solicitud para concederme una entrevista sobre sus conceptos a cerca del mundo actual, del conflicto armado que sufre el país y del ejercicio del periodismo en Colombia, con amabilidad accede, pero a través de la Internet. En una pequeña hoja de papel me copia su dirección electrónica. A los dos días, le envío el cuestionario, pasa más de un mes, hasta que recibo su respuesta:

«Luis Guillermo, he estado los últimos días de gira por Ipiales, Pasto, Popayán y Bogotá y apenas llegué ayer. Hoy le contesto su cuestionario, espero que no sea tarde.

Mil gracias y cordial saludo.
Gustavo Álvarez Gardeazábal
El Porce, abril de 2002

¿Qué diferencia ve entre los mundos de antes y después del 11 de septiembre?

Que a los pobres que quieran hacer la guerra les va a quedar muy difícil porque siempre los van a catalogar como terroristas.

A la luz de su crítica, cómo ve el futuro del país, ¿guerra total? o ¿nuevo proceso de paz?

Contra lo que muchos creen, Uribe no nos va a llevar a la guerra total porque ni él ni las fuerzas sublevadas tienen con qué hacer la guerra. Y en cuanto a la mesa de conversaciones, tanto el uno como los otros creen que solo se puede volver cuando se hayan hecho mucho daño.

Una opinión acerca del fundamentalismo

La mejor forma que tienen los seres humanos de no usar la capacidad de pensamiento para profundizar en la existencia humana.

¿Cuál considera que debe ser el papel de los medios masivos en la situación de conflicto que vive el país, en Colombia si se está haciendo un periodismo para la paz?

Los medios han terminado siendo propiedad de grupos económicos, la verdad sobre la guerra se mide entonces de acuerdo con sus intereses,

por tanto la paz es una herramienta de uso, no una meta de ninguno de ellos.

¿Los medios se deben censurar o autocensurar?

Ni lo uno ni lo otro. La verdad es para revelarla no para esconderla, ni mucho menos para sesgarla como aquí y en Estados Unidos que pretenden siempre manejarla en aras de unos presuntos valores morales.

¿Considera que los medios sí son un cuarto poder?

No, son todos los poderes.

¿Cómo ve el periodismo de hoy y la manera de narrar los hechos comparado con los cronistas del ayer y del antier, como Francisco de Paula Muñoz, Osorio Lizarazo, ¿Luis Tejada, entre otros?

Con menos espacio y menos posibilidad de descripción.

¿Dónde cree que está la frontera entre periodismo y literatura?

En ninguna parte.

¿Cuáles fueron las causas para que desaparecieran del panorama del periodismo colombiano los grandes narradores y las unidades investigativas?

La vertiginosidad de la vida colombiana que no da tiempo a pensar y repensar lo actuado.

Entonces ahora, principios del siglo XXI, ¿se puede decir que en Colombia se acabaron los buenos narradores y cronistas?

No ve que yo, novelista, he terminado escribiendo los reportajes a la vida colombiana que no publican en ninguna otra parte...

¿Cómo ve usted en estos momentos el ejercicio del periodismo en Colombia?

Como un oficio de esclavos de los dueños del medio y de los patrocinadores de la publicidad.

¿Qué temas prefiere para escribir y cuál el tema que menos le llama la atención?

Siempre he sido crítico de las distintas facetas de la realidad nacional. Jamás he escrito ni de niños ni de música.

¿Cuál ha sido el libro que más dificultad le ha dado para escribir y por qué?

El último siempre, porque creo que el parto siguiente va a ser más doloroso que el anterior. Hay más responsabilidad y más madurez, menos inmediatez y más paciencia.

¿Qué personajes de la historia y del mundo actual admira y desadmira y por qué?

El papa polaco me causa infinita admiración; fue capaz de acabar con el comunismo y eso lo recordará eternamente la historia. No me gusta para nada Bush, es algo así como una vaca texana...

¿Volvería a la política?

Mientras rija la Constitución del 91 no lo puedo hacer. Quedé inhabilitado de por vida para ser elegido..

Usted siempre ha querido vivir en el país. ¿Continuará viviendo en él a pesar de los riesgos de un secuestro, un homicidio o un robo?

Me he quedado para cosas peores.

Una persona como usted que le ha dado tanto a su región y al país, ¿se siente dolido por la manera como lo han tratado algunos sectores del aparato estatal, se ha sentido discriminado después de estos problemas con la justicia?

Siempre he sabido por dónde camino y cuántos obstáculos tengo o me crean... Llenarme de odio o de dolor es no tener ganas de seguir viviendo.

Entrevista publicada en la *Revista Cierta* No. 27
Julio-agosto de 2002



LA PRIMERA DAMA DEL PARQUE BOLÍVAR

Como la basílica, la estatua ecuestre del Libertador o la fuente luminosa, ella hace parte del cotidiano paisaje del parque Bolívar



Foto: archivo fotográfico periódico *Epicentro*.

Desde hace varios años permanece «Natalia» el día entero en una de las bancas del parque. Allí sentada con pose femenina y ataviada de largos atuendos, los transeúntes la vemos. A pesar de sus senos prominentes y su maquillaje de dama otoñal, en su figura de hombre hecha mujer, se entrevén sus rasgos masculinos, que testimonian un ayer de su existencia. Es la banca su oficina y negocio. Allí ofrece no solo dulces, tinto y cigarrillos, sino consejo e historias a muchas personas que se le acercan y que la estiman con sincero afecto.

Una mañana de agosto me acerqué a dialogar con ella y le dije que me gustaría hacerle una entrevista para un periódico. Con su voz de timbre grueso (pero dejo femenino) en un tono que denota amabilidad, me responde: *Sí, claro, me gusta mucho que me hagan entrevistas y me saquen por la prensa porque yo soy la Primera Dama del parque Bolívar.* Empezamos, entonces, el diálogo como si fuéramos amigos de toda la vida.

Natalia, tú de dónde eres y cómo te iniciaste en el mundo gay?

Yo soy de aquí de Medellín, del barrio Belén. Hace poco me preguntaron que cuándo salí del clóset. Yo respondí que yo nunca he salido del clóset, que lo mío es innato. Cuando uno es *trans* no se sale del clóset, eso es para los que han ocultado su identidad.

¿Recibió mucho rechazo en su casa por su opción sexual?

Sí es muy difícil que a uno lo acepten. De todas maneras en mi casa sabían que yo era gay. Yo era un niño muy delicado, inclusive estuve en un seminario. Y cómo te parece que un día con unas amigas hicimos una fiesta gay y yo me vestí de dama. Llegue a la casa borracha como a las cuatro de la mañana, sin cambiarme de ropa ni quitarme el maquillaje. Toqué la puerta y me abrió mi papá y me dice: ¿Qué se le ofrece señorita?, y yo le respondo: no ve que soy yo, Gustavo. Mi nombre de hombre es Gustavo León Builes. Mi papá era primo del obispo monseñor Builes de Santa Rosa de Osos.

Entonces, ¿qué pasó después?

Eso fue un escándalo, me echaron de la casa. Entonces muy triste empaqué la ropa y me fui a trabajar a una casa de mujeres en Lovaina. Así empecé mi proceso de mi identidad verdadera y tomé hormonas

para ser como soy ahora. Luego pasé a Guayaquil y conocí todas esas travestis famosas como la *Kerry*, la *Kolkana*, la *Balestra* la *Melva* y la *Sili*, que ya son difuntas unas y otras están en Europa.

¿Desde hace cuánto está en el Parque Bolívar?

Yo viví con un hombre 20 años. Ahora vivo con mi padre que ya tiene 87 años. Este parque para mí es mágico, muy adorado. Por eso me vine para acá a poner esta chacita hace ya como 9 años. Me dicen la Primera Dama del Parque Bolívar y a mí me encanta. Yo vengo todos los días desde las 8 de la mañana hasta las 4 de la tarde. No me gusta ya trabajar de noche.

¿Ha recibido agresiones o tu vida ha estado en peligro por ser transexual?

Sí, por el mero hecho de ser gay mucha gente me mira como un animal raro. Hemos sido muy estigmatizados por la sociedad. Tengo 60 años y la gente pasa y todavía se ríen de uno y le dicen loca. Las *trans* corremos mucho peligro. Han matado muchas. Una vez que estaba yo en un bar había un señor, como que se enamoró de mí y yo no le paré bolas. Entonces, me clavó un pico de botella (me muestra la cicatriz en el cuello a la altura de la primera vertebra) y casi quedo inválida.

Ese es en resumen la vida de la Primera Dama del Parque Bolívar. Si pasa por allí, ella está dispuesta no solo a venderle dulces, tinto y cigarrillo, sino a escucharle sus problemas para darle buenos consejos.

Crónica publicada en la edición 62, octubre de 2016, de Epicentro, periódico comunitario de la Comuna 10, La Candelaria de Medellín.

A manera de epílogo

El lunes 15 de mayo de 2017 «Natalia», como todos los días, llegó a las 7:30 de la mañana al Parque Bolívar. Envuelta en su ancha falda de colores y su blusa de morado satín, que dejaba relucir sus senos prominentes. Con su carrizo peculiar desplegó su figura sobre su banca de siempre. Se acicaló un poco, pintó sus labios de un rojo no muy subido y se esparció un poco de polvo cosmético en el rostro. Voleó los cabellos y los dejó sueltos, distribuidos sobre sus pechos. Saludó

a los conocidos, hizo chistes verdes y rio a carcajadas. Al brindarles a sus clientes tintos, cigarrillos, dulces y consejos, en algarabía femenil sonaron las múltiples pulseras de sus manos.

A eso de las cuatro de la tarde sintió la necesidad urgente de ir al baño. En ese preciso momento apareció el que fue su amante por 20 años. Le solicitó que le cuidara el «negocito». Veloz se dirigió a hacer sus necesidades al baño público del parque.

Al salir de la caseta de los servicios sanitarios -contó la encargada- Natalia se llevó la mano al pecho y exhaló un lúgubre grito de dolor y exánime cayó al suelo. Su antiguo amante pronto fue avisado. Corrió y en sus manos, con las que tanto la abrazó, muy compungido la levantó. Ya era tarde, en su rostro observó el *rictus* tenebroso de la muerte. Un infarto fulminante había acabado de liberar a Natalia de la dura carga de la existencia. El Parque Bolívar se quedó para siempre sin su Primera Dama.



CORTEJO DE CONSTRICIÓN DEL QUINTO DÍA SANTO

(Viernes Santo de 1991 – Yarumal, Antioquia)

Una narración con olores a incienso, a salas de velación y a perfumes franceses

La noche recién caía sobre el pueblo. El templo imasible no suena sus campanas y en su interior los devotos «debutantes» en irregular formación, permanecen desconcentrados en la perorata semanasantina del oficiante. Obsesionados por «lucirse» en las calles, desesperan por salir. La feligresía, con horas de anticipación, ha colmado el parque para apreciar el afligido «espectáculo» y expectantes miran hacia el recinto sagrado para ver si ya salen, pero no se observa ningún movimiento. Mientras tanto, un niño con una sombrilla a manera de batuta finge dirigir una banda, un vendedor ofrece globos de colores y una señora de negro espera con paciencia, cargando un niño acicalado de blanco.

Vestidos con túnicas blancas, dos acólitos con incensario, al fin, asoman por la puerta principal del templo y un movimiento leve, seguido de un murmullo, se siente en toda la plaza. ¡Ya empezó!, ¡ya empezó! -gritó un niño señalando a los acólitos, y dirigiéndose a la que parecía ser su madre; esta interrumpe inmediatamente la conversación que sostiene con otra señora, para mirar hacia donde el niño señala.

Las campanas continúan mudas y, tras los acólitos, en rigurosa sucesión, van apareciendo: un grupo de centuriones romanos, los apóstoles, «La Legión de María», «La Asociación de Madres Católicas», y el «Grupo de Oración al Señor Caído». Todos con sus respectivos estandartes, de los cuales penden cintas moradas, sujetas en el otro extremo por cada uno de sus piadosos miembros. A su paso el ambiente huele a santo.

Detrás, en lentos pasos y uniformada con camisa blanca y pantalón y capa negra, la banda con sus notas lúgubres intensifica la melancolía del cortejo. Un aire de luto celestial se esparce.

Luego, viene un grupo de parejas de niños, vestidos de blanco y con capas moradas. Los pequeños portan una linterna cubierta de celofán rojo y atada por medio de una cinta blanca a un ramito de flores amarillas y blancas, que llevan las niñas entre sus manitas enguantadas.

En simétrica fila, continúa otro grupo de parejas, pero esta vez de jóvenes; ellos, de pantalón negro y capa blanca, sostienen un portaincienso; ellas, de pantalón blanco y capa negra, agitan un incensario. A su paso, se esparce un olor a iglesia y sacramentos.

Súbitamente, los alrededores del desfile se llenan de un murmullo irreverente -¿sería de admiración?- «En silencio se ve más linda la procesión, con esta bulla se ve HO-RRRO-RO-SA» —dice con tono arrogante y regañón el padre Gonzalo Palacio, coadjutor, imprimiéndole un mayor énfasis a la última palabra-.

Y sigue el contrito desfile con las parejas matrimoniales más «representativas» de la parroquia. Ellas, vestidas en riguroso negro y muy encopetadas. Los esposos, encachacados de gris; avanzan con parsimonia sosteniendo (entre los dos) coronas de flores, que forman una cruz con pompones morados en un fondo de claveles blancos; a juzgar por la cara que muestran son creyentes y parejas perfectas. El olor desprendido en este caso es de sala de velación o de cementerio, seguramente emanado de las flores.

¡Vienen los encapuchados! ¡Vienen los encapuchados! -gritan unas voces menudas. Con su aspecto de crueles inquisidores, aparecen los que siempre han aterrorizado a los niños. El primero, en el centro, con un descomunal estandarte donde se ve la figura de una cruz gris en un

fondo negro, todo en tela. Los demás, a los lados, en dos filas, sostienen cruces blancas, semejan exorcistas en pleno trance.

A estas alturas, la procesión es un cortejo de varias cuadas.

¿Quiénes son esas, amá? - pregunta un niño.

Mijo, esas son las señoras que ungirán al señor con perfumes.

Efectivamente, continúa un grupo de señoras, «las mismas de siempre, solo falta doña Blanca Restrepo», dice una señora a otra con tono desdeñoso.

Las ungidoras damas, con cara de tristeza mezclada con presunción, llevan sobre las palmas de sus manos bandejas de plata, y sobre ellas josefinas regadas, motas de algodón y el frasco de perfume. Acá el olor es a meretriz francesa.

Seguidamente, con un pequeño séquito de laicos y de micrófono en mano, aparece el señor cura párroco, luce una lujosa capa bordada en hilos de oro. A su lado, «Mario Cachetes», uno de los bobos del pueblo (aunque no lo es tanto), con ropa raída pero limpia, sostiene orgulloso en un palo dos altoparlantes. A lo lejos se oye el eco de la muchedumbre que viene de última y que canta: Perdona a tu pueblo Señor, perdona a tu pueblo, perdónale Señor...

El párroco, con cara de rey enfurruñado, vocifera a la pecadora multitud: «Cristo me amó y se entregó por mí, se necesita tener fe para creer en estas palabras de San Pablo, pero no creemos en ellas por nuestros vicios y pecados...»

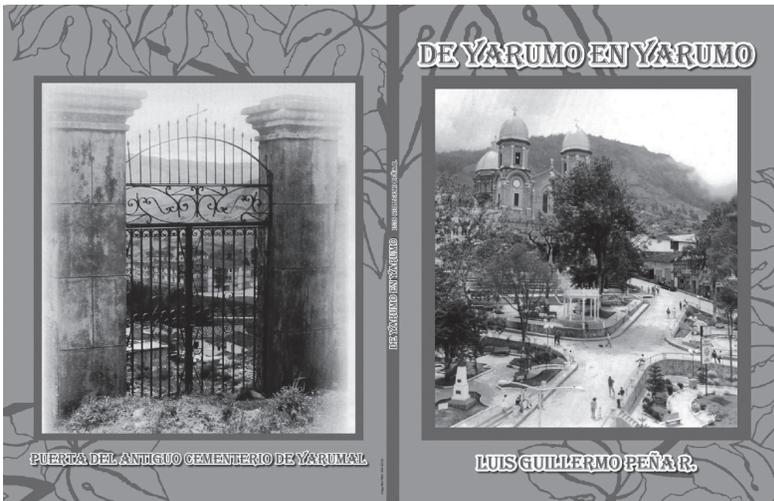
Detrás del reverendo, el clímax del cortejo. Una corona de azucenas blancas, que cualquiera calificaría de majestuosa, se posa sobre el Santo Sepulcro, un cofre de madera artísticamente tallado y con vidrieras en todos sus costados. El mismo es conducido por seis encapuchados vestidos de un morado tan intenso, que no solo inspiran luto sino muerte; les hacen guardia la defensa civil y la fuerza pública (léase policías). A su paso, el ambiente apesta a culpa y la concurrencia asume, casi sin excepción, una actitud austera y reverente. Y se oye más cerca el canto de la masa creyente: perdona a tu pueblo señor, no estás eternamente enojado, perdónales señor...

A la Virgen de los Dolores le corresponde el turno, escoltada por los *boy scout* -no podían faltar-, y detrás otro que tampoco falta cada año, según comentarios de algunos presentes, don Emilio Orrego, quien por iniciativa propia, lleva la única vela de la procesión.

Luego la recua de santos y la enardecida muchedumbre de los cantos. De últimas, y muy alejadas, dos enteleridas viejecitas de gancho mascullan oraciones; van vestidas de un negro opaco y desteñido, muy distinto al luto que lucieron los «debutantes» de adelante. Si las palabras fe y humildad se pudieran encarnar o materializar, seguramente su forma no sería otra que la de estas dos ancianitas.

La procesión sigue su rumbo, las viejecitas quedan más atrás y las campanas no dejan de manifestar su aficción con el silencio.

Crónica extractada del libro *De yarumo en yarumo*.



Carátula del libro *De yarumo en yarumo*, publicado por Luis Guillermo Peña Restrepo.

ÍNDICE

Presentación	7
Fernando Vallejo, «raja» del periodismo colombiano.....	9
Héctor Abad Faciolince «La literatura no tiene límites»	15
Sin odios ni rencores. Un encuentro con Gustavo Álvarez Gardeázabal.....	21
Los idos de la crónica. Entrevista a Juan José Hoyos	27
Manuel Mejía Vallejo, el periodista.....	35
La biblioteca pública y el escritor.....	41
Savater y la ética para el periodista.....	45
Con las manos arriba y los calzones abajo. Una conversación con Germán Castro Caycedo.	49
Entrevista exprés a Daniel Samper Pizano.....	63
Don Alfonso, el maestro de los periodistas.....	67
Plinio, el empírico y crónica de una crónica	75
Noche de dolor y muerte en Belén Rincón	81
Asesinan a cuatro hermanos en su casa	87
Masacre en la esquina	91
«Lo mataron, y como era de buena persona»	95
Fabio sumó, Carlos restó	97
Fabio restrepo y su libro <i>Verdugo de verdugos</i>	101
Una onda larga en la historia de la radio en Antioquia	107
Vicisitudes de un periodista de radio	113
Don Graciliano Arcila, precursor de la antropología en Antioquia	119
Salir del infierno.....	127
Volver para morir	129

«Mami, no llore más»	133
Paula, la niña guerrillera	135
Procesión de sangre	139
Las locas de la noche	145
La Primera Dama del parque Bolívar	155
Mi vida debajo del puente	159
Cortejo de constricción del quinto día santo	165

LUIS GUILLERMO PEÑA RESTREPO

Yarumaleño, Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia. Ha ejercido su profesión en los periódicos *El Tiempo*, *El Mundo* y en RCN Radio. Ha sido redactor en varias publicaciones como la *Revista Cierta*, *Primavera Mundo Joven* y el periódico *Entrevista*, de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Ha ejercido diferentes cargos profesionales, entre ellos director de los periódicos *De Sol a Sol* en Urabá, *Ensabanetahoy* y *Epicentro* en Medellín, así como director de Comunicaciones en las Alcaldías de Barbosa, Marinilla y del Hospital La María. Fue fundador y director de Medios de la empresa de comunicaciones Gestiones Efectivas, comunicador del Instituto Mi Río, y la Gerencia del Centro, así como director ejecutivo del Círculo de Periodistas y Comunicadores Sociales de Antioquia, CIPA.

Ha expuesto sus obras fotográficas en numerosos salones, como el Museo de la Universidad de Antioquia, la Cámara de Comercio de Medellín, el Hall de la Alcaldía de Medellín, entre otros. El autor tiene además publicados los libros: *Diario de un Pillo* y *De yarumo en yarumo*. En el 2012, el Círculo de Periodistas y Comunicadores Sociales de Antioquia, CIPA, le otorgó el premio a la Excelencia Periodística en la categoría Periodista-Escritor.

luisguillermo2@gmail.com

Blog: <https://guillerpe7.wixsite.com/literario>

Textos
Urbanos

Este libro se terminó de imprimir en CPT Express S.A.S., en abril de 2019

Las fuentes tipográficas empleadas son *Adobe Garamond Pro regular* en 11 puntos para texto corrido
y *Adobe Garamond Pro bold* en 18 puntos para títulos.